

ÍNDICE

Prólogo 7

Introducción 9

- I. La convulsión 15
 - Colaboracionismo 16
 - Conversión 21
 - Obediencia 28

- II. La armonía comprada 33
 - Compromiso y aceptación 34
 - Abolir la política 37
 - Las perlas de la Sra. Franco 43
 - Una noche colectiva 47

- III. La representación del pasado 51
 - Lecturas de la historia 52
 - Guerras mundiales y guerras civiles 58
 - Nombres y símbolos 60

- IV. Tratar el olvido 67
 - La amnistía 68
 - Los crímenes contra la humanidad 74

V. Una memoria ejemplar	79
El Juicio Popular al Franquismo	80
La «vendetta»	85
La propuesta del Altísim	89
Una propuesta popular	93
Arrastrar las responsabilidades	97
VI. Ubuntu	103
«Muros exornados de nombres»	103
Comisiones para la verdad	111
El cadáver de Héctor	115
La compasión de Aquiles	120
Breve consideración sobre la la política actual	125
Recapitulación	129
Agradecimientos	133
Bibliografía citada	135

PRÓLOGO

La primera edición de este libro se publicó en catalán a finales de 2004 con el título *Més enllà de tot càstig. Reflexions sobre la transició democràtica*. Constituyó quizá lo que en francés se llama un *succés d'estime*, porque las reseñas que tuvo fueron favorables, aunque hubo más *estime* que *succés*. Cuando empecé a reunir material para escribirlo, hablar del franquismo y la Transición parecía tratarse de una moda; ahora podemos aventurar que serán temas fundamentales de nuestra época. Aparecen constantemente nuevos libros, y sólo hemos empezado a levantar el velo; pero recordar no es tarea fácil: algunos de los que peor lo pasaron durante el franquismo han necesitado llegar a la vejez, otros ni siquiera han podido o no han querido o han muerto demasiado pronto, pero sus hijos y, sobretodo, sus nietos querrán saber. Estos investigarán lo que aquellos no contaron. Quienes por nostalgia, herencia familiar o simple ignorancia, simpatizan con el régimen franquista han denunciado a veces esta avalancha de publicaciones, que atribuyen a maniobras coyunturales; otros, quizá ingenuos, la encuentran extraña: no saben la que los espera. No pretendo, en cualquier caso, presentar un estado de la cuestión ni siquiera estar al día de lo que se publica; sin embargo, entre los estudios aparecidos cuando ya había terminado el libro en catalán, he podido

consultar algunos que tratan de cerca temas que me interesan particularmente, como las características del «discurso» franquista y la perseverancia de sus monumentos en la España contemporánea; en el texto traducido, he incorporado algunas de estas ideas. Asimismo, he añadido ejemplos o he matizado frases que creo que pueden añadir comprensión sin modificar el razonamiento: no he pretendido pues cambiar la historia sino mejorar la redacción. Para lo demás, me permito aducir una frase de Tocqueville en su prólogo a *El antiguo régimen y la Revolución*, que dice así:

Para conseguir este objetivo, no he temido, lo confieso, herir a a nadie, ni individuos, ni clases, ni opiniones, ni recuerdos, por muy respetables que fuesen. Lo he hecho a menudo con pesar pero siempre sin remordimientos.

Enero, 2012

INTRODUCCIÓN

En 1964, Georges Brassens publicó el disco *Les copains d'abord* que incluía la canción «La tondue», es decir «La rapada», sobre las chicas que en Francia, al terminar la Segunda Guerra Mundial, fueron rapadas al cero como castigo por su colaboración con el ocupante alemán o, como dice Brassens, por haber tenido «un penchant prononcé / pour les Ich liebe dich» («una fuerte inclinación por los ich liebe dich [«te amo» en alemán]»). La protagonista de la canción es pues una «collabo» (pronúnciese «colabó»), según el término usado en los años cuarenta y cincuenta del siglo XX en Francia, y quienes la castigan son «les braves sans-culottes et les bonnets phrygiens», es decir, los ciudadanos que encarnan los valores de la República Francesa, simbolizada por unas prendas que la Revolución de 1789 había popularizado. El «bonnet phrygien» (el gorro frigio) era un gorro rojo que se ponían los esclavos romanos cuando eran liberados y que veremos más adelante usado por los súbditos de Nerón cuando muere el tirano. Los que rapaban a la «tondue», pues, bien se merecían llevar el gorro porque se acababan de liberar de los nazis, pero perpetuaban sus humillaciones y, además, de «braves» (valientes) no tenían nada: nombrarlos así es una burla (una antífrasis) porque no tiene ningún mérito este comportamiento cuando la guerra ha terminado; no es más

que cobardía, una cobardía parecida a la que siente el narrador (o mejor, el «yo poético») que no hace nada para impedirlo «du fond de ma torpeur» (desde lo hondo de mi torpeza). Y sin embargo los «braves sans-culottes» consideran a Brassens sospechoso porque recoge un rizo de la chica y se lo pone en el ojal de la americana, que es donde suele ir una condecoración de la República Francesa, la Croix d'Honneur, que él, evidentemente no tendrá nunca. Esta espléndida denuncia de las humillaciones perpetradas contra las «collabos» es además valiente si pensamos que se hizo durante la posguerra francesa (la Segunda Guerra Mundial no había acabado ni veinte años atrás), cuando los «ex-combatientes» aún tenían mucho poder. Intentaré a lo largo de mi texto que quede justificado este uso de la siniestra terminología franquista.

Rapar a las mujeres es un escarnio especialmente eficaz porque anula lo que se identifica (¡se identificaba!) con la feminidad y la vitalidad juvenil. Mirco Dondi, que ha analizado con agudeza estas historias (Dondi, 1999), destaca su «visibilidad»: como la estrella de David que los judíos debían llevar cosida en la ropa, señala al condenado allí donde vaya, cosa que no hacen otros castigos penales. Es, dice Dondi, una característica sanción de tipo comunitario; además, lleva consigo un claro componente misógino porque marca a las mujeres con lo que las caracteriza como tales, precisamente porque han infringido un mandato que la comunidad hace a su sexo: sólo se pueden unir con quien la comunidad decide. Más adelante volveremos sobre estos tipos de violencia que Dondi llama «simbólica». Incidentalmente, los historiadores han observado que la persecución contra las «collabos» embarazadas o madres de niños de padre alemán fue mucho más cruel que la que se llevó contra otros miembros de la población tan o más favorecidos por las autoridades alemanas (Amouroux, 1978: 436): las mujeres seguían siendo una mercancía valiosa a quien no se le podía permitir decidir de qué lado estaba.

Las palabra arrastran más de lo que enseñan: hemos usado las palabras «colaboración» y «ocupante», que están llenas de sobreentendidos, porque se usan para explicar una historia que resalta la invasión alemana de Francia entre 1940 y 1944 y consigue ocultar la dictadura del general francés Pétain que participó, con el ejército alemán, en la persecución de los judíos, en la lucha contra los Aliados, etc. En principio, los términos «collaboration» y «collaborateur» (de donde proviene, por abreviación despectiva, «collabo») eran los usados por las autoridades alemanas y francesas para designar la relación entre los dos países establecida después del armisticio de 1940; el término aparece ya en el artículo 3 del armisticio, pero sobre todo se hizo famoso desde el mensaje de Pétain el 30 de octubre de 1940, después de la entrevista con Hitler en Montoire (Amouroux, 1978: 44 y 67). Hasta 1945, la «collaboration» había significado, para muchos franceses, no sólo vivir en estado de gracia con el invasor (o sea salvar la piel... o el palacio) sino también el retorno de los prisioneros hechos durante la corta guerra franco-alemana del 39-40 (Amouroux, 1978: 102): ambos bandos, familiares de presos franceses e invasores alemanes, tenían mucho que ganar si la colaboración era eficaz, que es lo que suele pasar en este tipo de negocios. Desde el exilio, la propaganda del general De Gaulle tuvo la gracia de convertir en despectivo, ya durante la guerra, un término concebido por la propaganda nazi para designar una cooperación mutua positiva y eficaz. El siguiente paso de la propaganda gaullista llegó terminada la guerra, y consistió en convencer a sus ciudadanos de que, por un lado, el gobierno del general Pétain no había tenido ningún peso en la sociedad francesa; y de que, por el otro lado, la gran masa de la población había seguido siendo esencialmente democrática, quizá antifascista, quizá incluso decantada a favor de los que luchaban en la clandestinidad (la «Résistance») (Rouso, 1987: 21). Los «collabos», pues, habían sido una minoría que

había que identificar y arrinconar para que todo siguiera igual en una Francia democrática y avanzada. La colaboración de los franceses en la persecución de los judíos (mejor: de los franceses no judíos en la persecución de los franceses judíos) se convirtió en tabú. En 1955, Alain Resnais publicó el documental *Nuit et brouillard* («Noche y niebla») sobre los campos de concentración nazis. En una foto aparecía un gendarme francés con el tradicional quepis (la gorra ovalada con visera, que los distingue) supervisando a los judíos aprisionados en el campo de concentración de Pithiviers (en el departamento de Loiret); según explicó el mismo Resnais en una entrevista a la radio francesa del 8 de enero de 1994, que puede oírse en la edición en DVD del documental (Resnais, 2003), la censura obligó al director a camuflar el quepis para que el personaje no fuera identificado con la gendarmería francesa, y disimular así, diez años después del final de la guerra, su complicidad en el Holocausto.

Si la mistificación de la «Résistance» tuvo éxito no fue sólo por las habilidades manipuladoras del gaullismo sino también porque los pueblos saben que aceptar el pasado a menudo hace difícil el presente. En España, donde es indiscutible que, durante el franquismo, la mayoría fue «collabo», y no durante unos pocos años, como ocurrió con la dictadura de Pétain en Vichy, sino durante cuarenta; en España, pues, no parece, una vez terminado el franquismo, haberse conseguido lo que Rousso denomina «un objeto de la memoria» como el que se consiguió con el «résistencialisme» francés (Rousso, 1987: 21): los españoles han construido una versión de su pasado que cada vez resulta más difícil de aceptar. No intentaremos demostrar la evidencia de este fracaso, aunque en varios lugares de este texto se encontrarán pruebas que nos parecen indiscutibles; lo tomaremos como un axioma: el punto de partida de nuestro ensayo. Hay que reconocer que este fracaso es continuación de otro, el de 1939, cuando la ideología oficial intentó con-

vencer a los ciudadanos (quizá fuera más preciso denominarlos «súbditos») de que el golpe de Estado había sido una «Cruzada»; que el gobierno de la República no había representado prácticamente nada; que las doctrinas extranjeras habían enturbiado momentáneamente al honrado pueblo español, etc. La propaganda gaullista coincide con algunos de estos argumentos porque la manipulación de la historia no nació ayer, pero no nos entretendremos en este punto. Tampoco nos pararemos a estudiar por qué el modelo de la Cruzada no consiguió arraigar del todo. A pesar de su aparición recurrente en la obra de algunos historiadores (quizá esta denominación no es la que más les conviene), parece haberse impuesto, en la mayoría de ellos, «el abandono de las ideas que sustentaron el edificio propagandístico de la dictadura» (Casanova, 2002: 44). Entre el resto de la población, este cambio no ha sido tan generalizado pero, en cualquier caso, son pocos los que defienden abiertamente los fundamentos del edificio.

En este ensayo me fijaré en la Transición (que indicaré con mayúscula para referirme a los años posteriores a 1975), momento en que los españoles tenían que conseguir crear una historia que pudiesen hacer suya, o quizá sería mejor decir una «memoria colectiva» (Halbwachs, 1968: 75). Con este término designamos el conjunto de pensamientos, de creencias, de convicciones compartido por una colectividad; la memoria colectiva, sin ser muy precisa, ha de resultar convincente y lo suficientemente sólida para repetirla a los hijos y para que esta colectividad pueda presentarse a sí misma al exterior como una sociedad madura, civilizada, culta, etc.

Implícita subyace la idea de que muchos de estos recuerdos no los tenemos porque hayamos vivido las experiencias que los originaron, sino porque nos los han explicado o, peor, nos han dicho que los hemos vivido. El sociólogo que creó el término, Maurice Halbwachs, murió en el campo de concentración de Buchenwald, como sabemos por el testimonio de

Jorge Semprún (*Le mort qu'il faut*, 2001) y es precisamente el recuerdo de los campos de concentración lo que ha provocado replantear la memoria colectiva.

El concepto que este término pretende designar es impreciso y ha sido objeto de discusión (Castiñeira, 2005), entre otras cosas, porque a diferencia de la memoria «individual» no se constituye con recuerdos recuperados, sino contruidos. Pero es más claro que otro término más usado aún: el de «memoria histórica», porque no pretende fundir dos términos que pueden ser antitéticos, cuando la historia es el trabajo de los historiadores y la memoria es el resultado de fuerzas individuales o colectivas, espontáneas o dirigidas: la memoria histórica «es algo menos encontrado que creado» (Gavilán, 2004: 58). Algunos autores proponen incluso descartar ambos términos del análisis historiográfico (Gil Vico, 2004: 13), pero la expresión que ha calado es, precisamente, la más imprecisa, especialmente dando nombre a entidades como la «Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica»,¹ o la «Ley de memoria histórica», y empieza a aparecer en los índices de materia de algunas bases de datos; sin embargo, prefiero usar «memoria colectiva».

Parto pues de la constatación de que la memoria colectiva que acabaron construyendo los españoles es poco consistente y cada vez más discutida. Reflexionaré aquí sobre las causas de este fracaso, sobre qué consecuencias ha tenido en la convivencia cotidiana, qué han propuesto otras culturas que han conocido circunstancias parecidas y qué soluciones me parecen más convincentes.

1. <http://www.memoriahistorica.org/> [mayo 2006].